

MASTER

CUARTA TEMPORADA

Rubén Ramos Nogueira

Julio de 2014, Barcelona

<http://www.fuga.es/master/>

Dick hubiera deseado disponer de muchas vidas para haber podido emplear una de ellas con Anne Elizabeth.

JOHN DOS PASSOS, La primera catástrofe

01

Master duerme la siesta en una cama de sábanas blancas en un apartamento con paredes pintadas de blanco. Se siente como si estuviese medio drogado. Encima de la cama hay una garrafa de agua casi vacía. Pero no contiene agua sino una especie de gas en estado semilíquido. De vez en cuando la garrafa se mueve y flota unos centímetros sobre la cama. Se desplaza cada vez más rápido hasta que se cae al suelo entre la cama y el armario. La habitación se parece mucho a su piso. Escucha voces que vienen de fuera cuando se levanta para recoger la garrafa. Master sale de casa. Parece Lavapiés. En la calle se encuentra a Erika y Ana. Ana está embarazada y se ha cortado el pelo muy corto. Master le da dos besos a Ana. A Erika también pero tarda bastante más tiempo en caer en la cuenta de que también debería saludarla. Cruzan una calle con mucho tráfico. Las chicas corren, se dan prisa para no ser atropelladas por los coches que circulan en doble sentido. A Master se le cae una pelota de ping-pong del bolsillo de su chaqueta. Se da cuenta de que está drogadísimo. Se inclina a recoger la pelota, se pone de rodillas incluso, se cae. Intenta levantarse pero no puede. Tampoco puede abrir los ojos. El sol le ciega. La última vez que abrió los ojos vio a los coches a cierta distancia. Calcula que están a punto de tirársele encima pero él se ha quedado clavado en mitad de la carretera. Escucha perfectamente cualquier ruido a su alrededor. Piensa que no puede ser que esté en este estado. Parece un yonki. Piensa que en realidad debe de estar en otra parte. Abre los ojos sólo un poco para darse cuenta de que está en su habitación. Lo sabe porque ve las rejillas en las ventanas por las que se cuelan los rayos de sol de la tarde. Liang Liang está desnuda en su cama. Master recuerda. Ayer por la noche fue al Sidecar a un concierto de El último vecino con una chica con la que tiene un lío raro. Han dormido un par de veces juntos pero sin enrollarse. Al acabar el concierto apareció más gente conocida. Master perdió de vista a la chica pero conoció a Liang Liang, una asiática preciosa, con un pelo rizado un poco aplastado por una gorra, que resultó ser tan catalana como él, solo que quince años más joven por lo menos. Liang Liang le dijo en un catalán como de Osona que estaba buscando a alguien que le diese clases de música. Master podría ser ese alguien pero se resistía a proponérselo. Pero Liang Liang tenía una conversación interesante y le hablaba acercándose mucho a su oído porque la música estaba muy alta. Master notó cómo los labios de Liang Liang le rozaban, no pudo resistirlo y le confesó que era músico. Liang Liang le preguntó si fumaba porros. Master dijo que sí, Liang Liang se encendió uno que llevaba liado y se lo pasó. Antes de acabarse el porro Liang Liang y él ya se habían besado. El primer beso fue delicioso pero de aproximación. En el segundo Master notó algo raro en la parte de atrás de la cabeza. Como un mareo seguido de un flash. Recordó una sensación parecida pero en ese momento no pudo identificarla. Al rato caminaban cogiditos de la cintura en dirección a la casa de Master, en Las Ramblas. Master se estremecía con el contacto de la piel de Liang Liang. A Liang Liang todo lo que decía Master le hacía gracia. No paraba de reírse. Una risa ronca y fresca al mismo tiempo. Como una gata. No, como una pantera. Master no puede apartar la mirada del cuerpo

desnudo de Liang Liang. Su mirada sube poco a poco desde los pies hacia arriba, como sorbiéndola a sorbos. Liang Liang se despierta. Sonríe. Le mira a los ojos. Master mira su boca.

02

A Liang Liang le hace mucha gracia descubrir que Master tiene cuarenta años. Liang Liang es una jovencuela descarada, nacida en Girona y acostumbrada a compartir pupitre desde niña con chavales negros que hablan en catalán. O pakis o chinos, como ella. Un negro charnego no es ya una gran sorpresa para los de su generación. Pero que Master tuviese esa edad no se lo imaginaba para nada. Para Master tampoco es una sorpresa encontrarse con gente que le echa menos años de los que tiene. Lo que no está acostumbrado es a liarse con jovencitas de la edad de Liang Liang. Aunque Liang Liang insista en no confesar su verdadera edad Master está seguro de que no pasa de los veinticinco. Eso quiere decir que cuando lo del 15M Liang Liang tenía veintidós años, no más. Master la envidia por eso. En la cama, abrazada a Master, Liang Liang le cuenta que lo de las acampadas le pilló en París, visitando a una amiga. Al principio su amiga y ella iban todos los días a la Bastilla a juntarse con el grupo de gente que apoyaba a los españoles. Pero solo aguantaron unos días, luego no pudieron resistirlo más y bajaron en tren hasta Barcelona. Los primeros días fueron una fiesta. Menos mal que decidieron volverse a Barcelona. Si no, cuando luego la cosa se puso chungu no hubiesen podido entrar en España. Liang Liang le cuenta a Master el miedo que pasó el día que los mossos intentaron desalojar la plaza. A ella casi se la llevan. Si no llega a ser por un iaioflauta se la llevan fijo. Ella era de las optimistas pero nunca imaginó que la cosa pudiera acabar así. Toda aquella gente acorralando a los mossos, rodeando el Parlament, el Congreso ardiendo... Al principio Liang Liang no se podía creer los tuits que decían que el presidente de la Generalitat había huido del país en helicóptero, lo de que el ejército se había negado a disparar contra los manifestantes en Madrid, la dimisión del Gobierno, el exilio de la familia real, lo del cierre de las fronteras y todo eso. Luego vino lo del proceso constituyente, la salida del euro, la milagrosa decisión del gobierno yanqui de no intervenir, demasiado preocupado por salvar los muebles en Europa con la megacrisis provocada por la salida de España del euro, la ultraderecha desbocada, el fantasma de la resurrección de la guerra fría, la alianza chino-rusa, todo lo que Master conoce tan bien como ella, la típica conversación incrédula y emocionada que, desde entonces, millones de personas han mantenido ya cientos de veces cada una. Desde que la República ibérica se ha convertido en lo que al principio llamaban la Suecia del sur (ahora ya no, porque Suecia está hecha una pena), esto no hay quien se lo crea. De hecho mucha gente aún sigue sin dar crédito. No es el caso de Master. Él sabe perfectamente que todo esto no es producto de ninguna casualidad, por supuesto. Pero Master deja hablar a Liang Liang, su voz es la mejor música para él, mientras acaricia su pelo, encantado. Tiene todo el tiempo del mundo.

03

Master se despierta pensando en que hubo un tiempo en que no tener trabajo era un problema. Sin salir de la cama pillu el cómic que estaba leyendo ayer por la noche. Pedro Pico y

Pico Vena, Azagra, 1986. Pico Vena, el skin, reúne a un rocker, un mod y un heavy para dejar a un lado las peleas fraticidas y, entre todos, junto a los punks, luchar por la unidad y la autenticidad. Todos están en la misma lucha, a todos les va la prisa, todos están igual de puteados y los únicos que disfrutan viendo cómo se pegan entre ellos son los tecnos. El mod propone pillar su Lambretta con cuatro retrovisores por banda para ir a un bar a remojar el encuentro. El rocker se sube a la moto y propone que la primera ronda la pague el mod. Los otros le dicen que qué bonito, ellos en moto y los otros a pata. El rocker se mofa del mod diciendo que eso no es ninguna moto. El mod se cabrea y dice que vale, que todos a pie. Pico Vena propone ir a algún bar que esté cerca, tomarse algo y se acabó. El heavy dice que rapidito, que tiene que ir a un concierto. Pero en el primer bar el heavy se niega a entrar porque ahí aún debe un puñado de copas. En el segundo Pico Vena pasa porque está lleno de metaleros y se niega a pisar un antro con tanto peludo. En la sala KGB el rocker dice que está lleno de moñas, plásticos y papafritas. Azagra dibuja el KGB con un segureta en la entrada, con una señal de aduana y dos carteles donde pone: *Perros no* y *Con zapatos sí*. Pico Vena está hasta los huevos. Les pregunta si no podrían ir como todo quisqui a un bar normal. El mod se escandaliza, por favor, qué vulgar. Pasan por Zeleste, Metropol, 1981, Línea Uno, con un mono de la hostia. La viñeta final muestra un McDonald's destrozado mientras Pedro Pico, el punk, le pregunta a Pico Vena qué tal esa reunión inter-peñas. Pico Vena le cuenta que recorrieron catorce garitos por lo menos y al final acabaron en un McDonald's. No me digas más, es ese de ahí detrás. Acabasteis a hostias todos contra todos y la unidad a tomar por el saco, ¿no? Aquilicuá. Cuánto sabes. Uno que está curtido. Master avanza unas páginas. En la portada de El fanzine rojo, número 4, órgano de la movida chungu, el titular es *Elecciones anticipadas: El partido de la gente del bar barre en las grandes ciudades*. El PGB. Decretado el estado de embriaguez nacional, el nuevo gobierno hablará al país desde la nueva sede ministerial. ¿Y qué primeras medidas de gobierno va a realizar el nuevo gabinete? Un dos tres responde otra vez. Pedro Pico, primer ministro. Lo primero que vamos a hacer será colgar a todos los curas. Y que vuelva el Papa. ¡Que vuelva! Pico Vena, segundo de a bordo. Expulsión de todos los *plásticos* del país: McDonald's, Pokins, Burguers, tecnos, papasfritas y abstemios en general. Ovideo, ministro de vidrio. Destruiremos 100.000 puestos de trabajo más; y nos repartiremos los que queden, a razón de 2 horas y media por semana. *Trabajar menos para trabajar todos*. Yo seré el primero en trabajar menos. La historia sigue pero Master se queda pensando porque justo se ha despertado pensando en el trabajo. Despertarse así le ha recordado alguna pesadilla del pasado en la que se tenía que presentar a un examen y no se lo sabía, hasta que se daba cuenta de que la época de estudiante hacía años que había quedado atrás y que solo era un sueño. Master nunca lo ha tenido demasiado claro pero, exactamente, ¿qué significa ahora la palabra trabajar?

04

Master se levanta de la cama en calzoncillos. Sale a la terraza descalzo. Mira el cielo azul sin una nube. El sol le da en la cara. Cierra los ojos. Aspira una bocanada de aire cálido. Mira hacia abajo. La Rambla está tranquila. A veces, cuando se levanta y repite el ritual de asomarse a la calle, no puede evitar que le asalten algunos flashbacks incrustados en su mente como pesadillas recurrentes. Alguna gente de todas las edades paseando arriba y abajo. Ni un coche.

Ni un guiri. Ni una banderola de propaganda institucional. Ni rastro de publicidad. Ni tiendas de souvenirs con camisetas de fútbol ni sombreros mexicanos que ni siquiera eran mexicanos. Los kioscos siguen ahí. Algunas terrazas también. A esa hora sirven desayunos y aperitivos. La vista descansa. Cierra los ojos. Huele el mar. Escucha las campanas de la iglesia del Pi. Entra en casa. Pasa por el cuarto de baño. Mea. Se lava las manos y se echa agua fría en la cara. Se mira al espejo. Abre el grifo de agua caliente de la cocina y llena un vaso de agua. Abre la nevera para coger un limón. Lo corta por la mitad y lo exprime encima del vaso con la mano. Remueve con una cuchara y se lo bebe a sorbos mientras piensa en qué disco le apetece escuchar. Busca en su discoteca un viejo cedé con un trío con piano de Fanny Mendelssohn. No lo encuentra. Donde deberían estar todos los de Fanny Mendelssohn encuentra uno con música para piano solo, otro de lieder y luego ya los de Félix Mendelssohn. Se pone un poco nervioso. Rebusca en una torre de cedés espontánea que se ha creado por acumulación al lado del equipo de música pero ahí no está. Piensa en que igual se lo ha dejado a alguien. No se acuerda. Piensa en el disco. Quizá lo guardó por la ese, por el trío de Clara Schumann con el que empieza el disco. Ahí está. Hay días que ese disco es más Clara Schumann que Fanny Mendelssohn. Hoy será más Fanny Mendelssohn. Pone el cedé y avanza hasta la quinta pista, donde empieza lo de Fanny. Mientras suena Fanny vuelve a su habitación, se pone el kimono blanco y se ata el cinturón. Se coloca unos pasos antes de la salida a la terraza y comienza a estirar con la vista puesta en la copa de los árboles de las Ramblas. En el tercer movimiento del trío improvisa una kata. Luego se prepara un desayuno cuatro estrellas con té chino, un par de higos, una tostada de pan de payés con tomate restregado, un chorrito de aceite y bull de hígado. El trío de Fanny ya ha acabado. A veces Master es capaz de escucharlo dos o tres veces seguidas pero esta vez decide que quizá hoy también sea el día de Clara Schumann y vuelve a poner el cedé pero desde el principio. Mientras desayuna Master sigue dándole vueltas a lo del trabajo sin acabar de ponerse de acuerdo consigo mismo. Cuando del desayuno ya solo queda el té, recoge la mesa y se traslada al sofá con su taza. Se sienta con los pies encima del sofá y se toma el té mirando por la ventana sin parar de pensar en qué significa trabajar hoy en día. Se acaba el té. Se encierra en el cuarto de baño, se sienta en el wáter y pillla el libro que está sobre la lavadora: un libro sobre la vida de Mozart que compró en una librería de viejo en Brooklyn, hace unos años. Al cabo de dos páginas se encuentra con un texto escrito por el propio Mozart en 1782, cuando tenía 26 años, sobre la organización de un día cualquiera de su vida.

A las seis, siempre estoy peinado. A las siete, completamente vestido. Luego escribo hasta las nueve. Desde las nueve hasta la una, doy clase. Después como, cuando no estoy invitado, y en ese caso el almuerzo es a las dos o a las tres. No puedo trabajar antes de las cinco o las seis, y a menudo me lo impide un concierto; si no, escribo hasta las nueve de la noche. Debido a los conciertos y a la eventualidad de ser solicitado aquí o allí, nunca tengo la seguridad de poder componer por la tarde, de modo que he tomado la costumbre (sobre todo cuando vuelvo temprano) de escribir algo antes de acostarme. Con frecuencia lo hago hasta la una, para levantarme de nuevo a las seis.

Tumbado en el sofá Master mira el polvo que se acumula encima del piano y piensa en términos como señora de la limpieza, trabajadora del hogar o asistenta. Eufemismos de lo que toda la vida se ha llamado criada. Master nunca ha tenido asistenta pero ha conocido a muchas. La mayoría eran familiares suyos. Algunos amigos de Master tenían asistenta cuando pagar a una asistenta salía muy barato, sobre todo si era inmigrante. Master recuerda lo que leyó hace años sobre los inicios del periódico francés Libération. Al principio todos los que trabajaban en ese periódico cobraban lo mismo: desde el director a los que limpiaban. Ahora tener asistenta se ha puesto difícil. La mayoría de la gente que se dedicaba a eso tiene sus necesidades básicas cubiertas entre el renacido derecho a la vivienda y la renta básica. ¿Por qué iban a limpiar por dinero? Por tener más dinero, claro. Ya, pero no al mísero precio de antes. Como la mayoría ya no necesita conseguir más dinero para llegar a final de mes el precio que exigen para ponerse a limpiar es de los más caros. Es el mundo al revés de como lo conoció Master. Las profesiones que antes eran consideradas las más ingratas ahora son las que mejor se pagan. La mayoría de los que aún siguen dedicándose a eso ya no necesitan trabajar cuarenta horas. Con unas pocas horas a la semana redondean la renta básica y tienen más que suficiente. Eso hace aún más difícil conseguir que alguien acceda a limpiarte la casa porque la mayoría de los que trabajan en eso ni siquiera le dedican a ese trabajo ni un tercio del tiempo que le dedicaban antes. Al principio sí porque la gente aún no se acababa de crear esta nueva situación. Pero tres años después la gente está tomando lo que es suyo. Hay que pagar un dineral si quieres que te limpien la casa. Así que la mayoría se limpia su propia mierda. Tampoco pasa nada. Tienen tiempo para hacerlo. Y, quieras que no, eso iguala a la gente. Limpiar la mierda de los otros, por mucho que se le quisiera despojar de connotaciones tan antiguas como el andar a pie, es lo que siempre han hecho los esclavos. Lo que desde la revolución industrial ha venido en llamarse trabajadores, en general, no ha sido más que una evolución de lo que antes se llamó esclavos, sirvientes o criados. Con la recién estrenada renta básica, ¿qué es trabajo y qué no? ¿Trabajo es lo que haces por dinero? Master sospecha que Lafargue y otros autores, cuando se referían a no trabajar, estaban hablando del antiguo concepto del trabajo. ¿Pero ahora? Ni siquiera la ética del trabajo hacker le sirve de gran ayuda. Cuando haces algo porque quieres pero comporta tareas que no son gratas, ¿es eso trabajo? ¿Hacerse la comida, comprar en el mercado, limpiarte la casa? Master conoce a mucha gente que ama algunas de esas tareas. Para él no es lo mismo hacer la comida que ir al mercado pero incluso a esto último, a veces, le encuentra la gracia. A limpiar la casa casi nunca. Quizá cuando tiene resaca, si la resaca no es muy fuerte. Pero recuerda a una amante que le confesó un día que le encantaba limpiar. Le costó creerla pero ¿por qué no? También conoce a gente que odia cocinar. Antes, los que hablaban de abandonar el trabajo, de una sociedad en la que el trabajo ya no fuese el concepto central alrededor del cual gira todo lo demás, de dejar de trabajar, esas personas tenían criadas que les limpiaban la casa. Y Master se detiene en el detalle de que está pensando más bien en criadas que en criados. Los anarquistas hablaban de trabajar tres horas a la semana pero eso sirve para los que se dedican

a hacer pan y cosas por el estilo, como limpiar las calles, por ejemplo. Todos ellos trabajos cotizadísimos subvencionados por el estado desde que la gente ya no tiene necesidad de trabajar por dinero. Pero ¿y todo lo demás? ¿Limpiar tu casa es trabajar? ¿Ir al mercado es trabajar? ¿Cocinar es trabajar? ¿Tocar el piano es trabajar? Este tema ha tomado una nueva dimensión. Master reconoce que si ya estaba perdido antes ahora ya ni te cuento. Pero la verdad es que está más tranquilo. En realidad ahora ya no le preocupa tanto.

06

Son las dos. Master lleva un par de horas tocando el piano sin parar. Está inmerso en el estudio de las Variaciones Goldberg como si no hubiese un mañana. La última media hora la ha dedicado a tocar la número 29, muy lentamente para poder controlar la ejecución y que, poco a poco, vaya dejando el surco correspondiente en su mente. Eso le deja en un estado parecido a la meditación. Y le da mucha hambre. Demasiado tarde para ponerse a cocinar. Decide bajar al Taxidermista de la Plaça Reial. Hubo un tiempo en que el Taxidermista era casi como su oficina. Comía temprano, antes de que se llenase de gente. Se sentaba en alguna mesita al lado de los enormes ventanales que dan a la plaza. El menú era bueno, los camareros simpáticos, el espacio amplio y luminoso (esto último algo difícil de encontrar en el Gótico). Conservaba unas columnas estrechas de hierro de lo que antiguamente fue un taller de taxidermia. La reforma la había hecho una arquitecta barcelonesa pija facción gauche divine. Master conocía este dato pero, a pesar de las opiniones de Master sobre la arquitecta, reconocía que había hecho un buen trabajo con el local. Había una camarera argentina, Vero, con la que hizo muy buenas migas. Se estaba a gusto. Cuando dejaban de servir menús le dejaban quedarse todo lo que le diese la gana. A veces se quedaba leyendo, otras veces quedaba allí con gente y pasaban la tarde tomándose algo. Master recuerda que, al final de la tarde, el encargado ponía una cuerdecita en la puerta para impedir el paso de los guiris. Hasta las nueve no servían cenas. Si un guiri quería cenar a las siete y media se tenía que buscar otro sitio. Tuvo una época en la que el sótano lo utilizaban para conciertos. Allí escuchó a los Surfing Sirles por primera vez. Luego los dueños cometieron alta traición: lo convirtieron en un lugar infame, un lugar para guiris, donde servían marisco y ya no había menú de mediodía. Master y el resto de parroquianos fueron expulsados del lugar. Pero cuando los guiris desaparecieron de Barcelona el Taxidermista cerró. La gente quizá calle pero no olvida. Lo reabrieron *Los compañeros de fatigas de Pepe Carvalho*, un colectivo que abre cada día el restaurante por puro placer. En el menú solo sirven platos que aparezcan en libros de Carvalho: berenjenas a la crema con gambas, rape al ajo quemado, cazuela de sepias, arroz con bacalao y sobrasada, crêpes de pie de cerdo con allioli, farcellets de cap-i-pota con trufa y gambas, la lista es larga. Su lema es *Hay que beber para recordar y comer para olvidar*. No hay carta, se come lo que haya: un menú de dos platos y postre, diferente de día y de noche. Precio popular: 600 pesetas. Incluye agua (ahora es gratis en cualquier establecimiento) y vino, en función del menú. Los cocineros deciden el menú. Cada uno cocina una o dos veces a la semana o al mes, según se organicen y las ganas que tengan. Pero como son muchos, y cada vez más, siempre está abierto. Se sostiene perfectamente porque los alquileres son muy bajos y no hay ánimo de lucro, como en muchas de las iniciativas que han aparecido en estos últimos tres años. Y porque no hay camareros. Cada comensal se sirve él mismo de las cazuelas y ollas

que van saliendo de la cocina y luego recoge su plato y lo deja en el lavavajillas. En un atril de la entrada ponen los libros de los que extraen las recetas del día, abiertos por el capítulo donde se encuentra el plato al que hace mención. Los parroquianos se pueden permitir el precio del menú sin problemas. Entre la renta básica y que el precio del alquiler está limitado por ley, Master podría comer y cenar todos los días en el Taxidermista, si no fuese porque comer y cenar al estilo Carvalho cada día puede que conlleve algunas consecuencias gástricas y psicológicas. Pero a Master le gusta combinarlo con otros sabores. El Barcelona de Poeta Cabanyes, aunque le pilla algo más lejos, pero al que vuelve por fidelidad, porque ellos no nos traicionaron jamás. Lo mismo opina del Cervantes y su paella del jueves o sus albóndigas de sepia. O del árabe enfrente de la iglesia de Sant Pau, lugar de refugio en los tiempos más aciagos, con el baratísimo y abundante cuscús del viernes. El Casette, que son de León y pinchan música más que interesante mientras te zampas una cecina, unos huevos con morcilla o un Suená Brillante, un bocata de calamares con allioli que lleva el nombre de uno de los primeros hits de Joe Crepúsculo. O la inigualable comida japonesa del Shunka que, desde que solo sirven menús a precios populares como los de antes de que Ferran Adrià escribiese sobre ellos en El País, aquel infausto verano que los encumbró (la misma época en la que el cocinero galáctico se puso a hacer anuncios para La Caixa), vuelve a ser ahora uno de los lugares que Master visita cada semana si se encuentra en la ciudad. Hace tanto tiempo que se pasa por el Shunka que Junko ya se ríe cada vez que le ve aparecer sonriente por la puerta porque ya sabe lo que va a responder cuando le pregunte, por protocolo, si tiene reserva. Pero Junko siempre le acaba encontrando un sitio. Su preferido es en la barra, para poder observar, y comentar, la performance que organizan cada noche los cocineros.

07

Lo que quería Liang Liang no eran clases de música. Lo que quería Liang Liang era montar un grupo. Liang Liang tiene una voz preciosa. Liang Liang se pone a cantar en la ducha y Master, de pronto, descubre lo bien que canta. Él aún está en la cama. Piensa: me gusta. Y lo dice. No sólo lo piensa, lo dice flojito. Y luego se pone a pensar en la opinión de John Cage sobre el gusto y el juicio y está un rato así hasta que llega Liang Liang, desnuda y fresca, y se mete en la cama con él y follan como locos una hora y media por lo menos y se le pasa la tontería. Tú no quieres clases de música, tú lo que quieres es montar un grupo. Sí, contigo. ¿Y por qué conmigo? Porque, además de que me caes bien, eres negro y un músico negro mola mucho, eres muy guapo, no había follado tanto y tan bien con nadie en mi vida, es que hace tiempo que te sigo y me gustan tus temas y cómo los tocas, y creo que los grupos con los que tocas, que no están mal, no te hacen justicia, creo que lo que tú necesitas es una chica muy guapa, como yo, y china, como yo, que cante de puta madre, como yo, y que baile como tus hermanos negros, que escriba unas letras inteligentes sin ser serias, al contrario, con mucha ironía y un humor muy fino y elegante, un poco locas y divertidas, con referencias de esas que solo los que han leído mucho, han visto mucho y han escuchado mucho más captarán pero que al mismo tiempo cualquiera que tenga oídos puede entender y disfrutar, aunque los más sensibles se volverán locos, sobre todo si de la música te ocupas tú, que eres un puto crack y yo lo sé porque desde hace un año te he seguido por todas partes. Si me hubieses seguido por todas partes me hubiese fijado en ti. No te fijabas en mí porque me iba corriendo nada más

acabar el concierto. ¿Y eso? Para que no te enamoras de mí. ¿Y ahora qué es lo que ha cambiado? Nada. ¿Nada? Nada, de momento aún no ha pasado que te vaya a ver a un concierto y luego me quede un rato más. Ya, pero es que desde que te conozco, que hace sólo diez días, no he tocado en ningún concierto. Ya, pues será por eso, el destino nos ha unido y ahora tenemos que montar un grupo juntos porque yo tengo una regla inviolable que es que no me puedo quedar ni un minuto después de tus conciertos con tus grupos. ¿Pero si montamos un grupo no te vas a quedar conmigo a tomarte unas cervezas? Sí, ¿vamos a montar un grupo juntos? Yo no he dicho eso. Ah, qué lástima, porque sería la única manera de tomarme cervezas contigo después de un concierto tuyo, y me muero de ganas, estoy comenzando a llevar muy mal esta represión autoimpuesta. Pero si es autoimpuesta podrás dejar de reprimirte cuando tú quieras, ¿no? No, me hice una promesa que no puedo violar. ¿Por qué no? Porque soy una mujer de palabra, la palabra es muy importante, Master, ¿no crees? Sí, sí que es importante, es muy importante. ¿Pues qué hacemos? No sé, dame un beso y luego vemos qué podemos hacer. No, eso no vale. ¿Por qué no? Porque ahora que has sacado este tema de montar un grupo y yo te he confesado lo inconfesable, ahora esto se interpone entre nosotros, en nuestra relación, a no ser que lo resolvamos de alguna manera satisfactoria para las dos partes, porque si sólo es satisfactoria para uno de los dos esto va a seguir siendo un problema que irá creciendo y creciendo y al final terminará con esta bonita relación, y no puedo permitírmelo porque me lo estoy pasando muy bien, ¿tú te lo pasas bien? Me lo paso muy bien, Liang Liang, hacía mucho tiempo que no me lo pasaba tan bien. ¿Pues entonces qué? Vale, pequeña china, vamos a montar un grupo. ¿Te apetece? Sí, me apetece mucho porque te he oído cantar en la ducha y me gusta mucho cómo cantas. Lo he hecho aposta, que lo sepas, ahora lo siguiente es pensar cómo nos vamos a llamar, eso es lo más importante en un grupo. ¿Tú crees? Estoy convencida. ¿Has leído el Tristram Shandy? No, ¿por qué? No, por lo de los nombres. No sé de qué me hablas. Luego te lo cuento, tú ven aquí.

08

Esta tarde, a las siete, Master tiene un encuentro con su célula de la NHA. Hace cuatro años los disidentes barceloneses de la organización madre comenzaron a organizarse para buscar la complicidad de otros grupúsculos disidentes de la Península ibérica y resto de Europa con el objetivo de expresar su malestar a la dirección internacional por el rumbo que estaba tomando la organización y proponer nuevos modos de funcionamiento. Excepto Grecia, el resto de afiliados europeos se mantuvo fiel a la línea ortodoxa de la dirección. La dirección intentó aislar a los disidentes y les exigió que abandonaran cualquier movimiento crítico porque, según ellos, estaban minando la moral de las ya de por sí agotadas bases. Cuando los disidentes barceloneses tomaron consciencia de que habían encendido la mecha y comenzaron a recibir muestras de apoyo y de solidaridad de sus hermanos madrileños, gallegos, vascos, andaluces, valencianos, leoneses, canarios, griegos e incluso portugueses, se dieron cuenta de que no estaban solos y de que habían dado en el clavo y decidieron mantenerse firmes en sus reivindicaciones y plantear una renovación radical dentro de la organización. Se sucedieron los complots y las conspiraciones pero resistir la embestida unió profundamente al sector crítico. La cosa se puso fea cuando los disidentes publicaron pruebas documentales que demostraban cierta corrupción de la cúpula de la organización. Las amenazas no se hicieron esperar. Los

disidentes fueron obligados a elegir: acatar la disciplina o abandonar la organización. A partir de ahí el cisma fue inevitable. Lo que no calcularon bien los viejos dirigentes fue la magnitud de la tragedia. Los disidentes abandonaron la vieja disciplina pero la inmensa mayoría del sector crítico se reunió en una nueva alianza ibérica, a la que se sumaron también algunos grupúsculos griegos. Los miembros de la nueva alianza no eran muchos pero digamos que por algunos de ellos corría la fuerza con gran intensidad. En el nuevo modelo de organización ya no había cúpulas ni jerarquías, solo células formadas por personas que se reconocían como iguales. Lucía era una de ellas. Master conocía a Lucía desde un par de años antes de que se produjese el cisma. Lucía era muy joven, en los encuentros no abría apenas la boca, tenía un flequillo que prácticamente le tapaba los ojos, grises, pero los hermanos con más experiencia no podían evitar arquear un poco las cejas cuando se la nombraba. Un día Lucía les envió un mp3. En él hablaba de una experiencia que acababa de tener en un viaje entre Barcelona y Madrid. Comenzaba así: *Mientras miraba por la ventanilla del tren me sentí empujada a una euforia total. Sentía como si estuviese escalando una escalera infinita. Cerré los ojos para intentar dominarme pero daba igual. Barcelona-Madrid se convirtió en la Tierra-Eta Carinae.* Ese mp3 corrió como la pólvora entre todas las células de la recién creada NHA. Y ya nada volvió a ser igual.

09

Mientras miraba por la ventanilla del tren me sentí empujada a una euforia total. Sentía como si estuviese escalando una escalera infinita. Cerré los ojos para intentar dominarme pero daba igual. Barcelona-Madrid se convirtió en la Tierra-Eta Carinae. Veía luces de colores. Podía hacer operaciones aritméticas con ellas. Podía sumarlas, restarlas, multiplicarlas y dividir las. Las podía mover con solo imaginarlo: en todas las direcciones y en todos los sentidos. Era algo que muchas veces había visto en sueños sólo que ahora lo sentía, ocurría. Cualquier objeto era luz pero había luces que no se correspondían con ningún objeto. Cualquier destello me llevaba a una especie de éxtasis. Cualquier detalle era un tesoro. Yo no quería que se acabase nunca, me agarré a esa sensación como si pudiese tocarla con mis propias manos. Al agarrarme con fuerza comencé a escuchar un zumbido muy leve que se desdoblaba en dos: uno muy grave y otro más agudo. Me concentré todo lo que pude en escuchar esos dos sonidos hasta que el resto del ruido del vagón pasó a un segundo plano. Poco a poco las conversaciones de los pasajeros, el ruido del propio tren y todos los demás sonidos fueron desapareciendo hasta que escuché un silencio absoluto sólo roto por esos dos pitidos, que cada vez me producían una sensación más placentera. Y entonces el tren se paró. En realidad seguía avanzando pero para mí se había parado. Abrí los ojos y me encontré con un vagón prácticamente vacío. Los pasajeros que me acompañaban habían desaparecido. Sólo vi a una pareja, un señor y una señora, que estaban sentados unas filas más adelante. Entonces el señor se giró y me miró. Con sorpresa. Y luego se giró ella y me miró como si no pudiese creer que yo estuviese ahí, mirándoles. Y entonces oí una voz de mujer que me decía: No deberías hacer eso, niña. Pero ella no movió los labios. La oí como si estuviese escuchándola por unos auriculares. Pero yo no llevaba auriculares. Y entonces todo lo que estaba viendo desapareció. Sólo veía una luz blanca tan brillante que no podía ni abrir los ojos. Cuando pude volver a abrir los ojos era como si hubiese pasado una eternidad. Lo que vi me excitó mucho, me hubiese dado un ataque al

corazón si no fuese porque parecía como si estuviese drogada, nunca había estado tan relajada, no tenía miedo. Pero era para tenerlo. Estaba sentada en la hierba en medio de un prado bastante inclinado. Una higuera me daba sombra. Enfrente veía una montaña. Era un paisaje idílico. Seguía oyendo los zumbidos, no me abandonaron en ningún momento. Pero podía oír el sonido de las hojas de los árboles moviéndose por el viento, algunos pájaros y lo que me pareció el sonido del agua de un arroyo cercano. Ni rastro de ninguna otra persona. Me preguntaba cómo había ido a parar a allí, si estaría soñando o si alguien me habría metido algo en el vino que me había bebido en el tren. Pero todo me parecía demasiado real para ser producto de un sueño o de las drogas. Me sentía muy cansada pero necesitaba levantarme y caminar un poco. Comencé a explorar. Remonté el prado y encontré un camino. A la izquierda el camino estaba lleno de hierbas altas. A la derecha me pareció más transitable. Decidí ir por ahí. Al poco tiempo encontré algunas casas de piedra con techo de pizarra y ventanas de madera. Recorrí lo que parecía una aldea abandonada desparramada en la ladera de una montaña. Muchas casas estaban cayéndose a pedazos, otras parecían sostenerse bastante bien pero no se veía ni un alma. No encontré ningún signo de vida humana. Me alejé del pueblo por un camino que se adentraba en la montaña. Había agua por todas partes, pequeños arroyos, saltos de agua. El camino bordeaba precipicios desde los que vi un río que corría más abajo, más allá del pueblo. El sol comenzó a ocultarse detrás de la montaña en la que me encontraba. Miré mi móvil y vi que se había apagado. No tenía cargador. Pensé en buscar ayuda. Volví atrás en el camino en dirección a las casas. Se iba a hacer de noche, yo iba en camiseta y comenzaba a hacer fresco. Pasé delante de una casa que tenía una puerta de madera muy antigua en la que colgaba una especie de gancho de hierro que se balanceaba con el viento. Me entró un cansancio infinito. Llamé a la puerta. Grité. Empujé un poco y la puerta se abrió. Entré en la casa. El suelo era de madera. Parecía en buen estado. No podía más. Encontré una cama cubierta con una colcha. Me tumbé en la cama y me quedé dormida al momento.

10

Me desperté por la mañana, tumbada en la cama, con el sol dándome en la cara y el zumbido en mis oídos. Me sentía un poco mareada, como si me hubiese tomado algo. Notaba algo raro en la cabeza, por encima de la nuca. A veces me daban como flashes. Aún no tenía fuerzas para levantarme. Me di cuenta de que había una jarra encima de la mesita de noche. Era de esas antiguas, de pueblo, no era de vidrio, no podía ver lo que había dentro pero la imaginé llena de agua y solo de pensarlo me entró muchísima sed. Pero estaba tan atontada que no podía ni pensar en incorporarme para cogerla y ver lo que había dentro. Me quedé mirándola como una idiota sin poder apartar la mirada ni mover un solo músculo de mi cuerpo. Era como si mi cuerpo no pudiese responder a las órdenes que emitía mi cerebro. Y entonces la jarra se movió, como si temblase. Al principio pensé que me lo había imaginado. Luego, como seguía moviéndose, pensé que estaba viviendo un terremoto. Cuando la jarra comenzó a flotar recordé de pronto dónde estaba, pensé en el zumbido y todo lo que había pasado hasta llegar hasta aquí y empezó a parecerme todo muy natural. La jarra se desplazaba en el aire, poco a poco, hasta que se colocó delante de mi cara. Como si alguien invisible la cogiese por el asa la jarra se acercó a mi boca, se inclinó y me cayeron unas gotas de agua en los labios. Cerré los

ojos pensando que me iba a volver loca del todo. No sabía si era mejor dormirme y olvidar todo esto. Con un poco de suerte igual me despertaba en un rato y todo habría pasado. Habría sido todo un sueño y ya está. Abriría los ojos en un tren y estaría llegando a Atocha. Pero entonces tuve otro de esos flashes, más largo que los otros, otra vez la luz blanca esa tan fuerte y me entró como un ánimo renovado, otra vez esa euforia loca. Y entonces me dije que a la mierda. Que sí, que le den a todo. Que se vaya todo a tomar por culo si es necesario pero que vale, que iba a ir hasta el final. Que me daba igual ya todo. Que sea lo que Dios quiera. Abrí los ojos y sólo vi madera. Era el techo. Estaba flotando. Del susto me pegué un cabezazo contra el techo y, del rebote, mi cabeza se fue para abajo y me quedé colgando como un murciélago, flotando como si me hubiese tirado a una piscina, o más bien al mar, de espaldas. Por la ventana que tenía delante de mí podía ver todo el valle, el sol, las montañas, el bosque, las casas de esa aldea fantasma. Me volví loca. Abrí la ventana, salí de la casa flotando, como si nadase, cogí impulso y volé hasta que me pegué una hostia contra las ramas de un árbol. El rebote me hizo caer contra el tejado de pizarra de la casa. Pero como estaba ya muy loca volví a tomar impulso y a flotar por el aire dando tumbos hasta que conseguí controlar un poco la situación. Era como bucear en un líquido con mucho menos rozamiento que el agua. Por eso al tomar impulso a veces la cosa se me iba de las manos y me llevaba alguna torta. Pero no tenía miedo. Los golpes que me daba ni me dolían. Me reía a carcajadas y todo estaba bien. Ya no tenía sed, ni hambre ni cansancio ni nada. Sólo oía el dichoso zumbido. Y me daba igual todo.

11

Pasé tres días en esa aldea maravillosa absolutamente alucinada con cada nuevo descubrimiento. No os voy a aburrir con los detalles. Si aún seguís escuchándome espero que no me toméis por una loca. En esos tres días aprendí más cosas que en toda mi vida anterior. Me sentía como cuando era una niña. Todo era nuevo y divertido. Aprendí a mover piedras y troncos, me comuniqué con zorros, pájaros y ardillas, me saludaban como saludarías a una vecina, podía sentir cada árbol, cada planta, sabía dónde encontrar agua, era capaz de provocar vientos huracanados y calmar esos mismos vientos a placer, si miraba una nube pasar por un cielo azul completamente despejado, y me concentraba mucho, se convertía en una tormenta eléctrica con rayos y truenos. No tenía hambre pero probé algunas frutas, higos y cerezas, que tenían una pinta estupenda y un sabor delicioso, pero sólo por placer. Lo único que necesitaba era calmar la sed de vez en cuando. En la aldea había fuentes y riachuelos por todas partes, eso no era problema. Nunca había probado una agua tan deliciosa. No dormí en tres días. Por la noche el silencio era sobrecogedor pero no me daba miedo. Oía esos zumbidos en mi oído interno y sabía que todo iba bien.

Entonces, cuando llegó el tercer día, más o menos a mitad de la mañana, estaba yo subida en lo alto de una higuera enorme, miré para abajo y vi a una señora muy mayor que iba vestida de negro, con un delantal y un pañuelo en la cabeza. La señora estaba cavando en un huerto muy pequeño que no recordaba haber visto en los otros dos días. La señora parecía una anciana china de película, delgadísima y como centenaria. Pero no tenía rasgos asiáticos, simplemente era la viva imagen de la típica anciana china de película de Zhang Yimou. Se agachaba a arrancar las malas hierbas como si tuviese veinte años pero se veía que la mujer era en

realidad muy mayor. Yo estaba ahí en lo alto de la higuera, flipando, y no sabía qué hacer. En tres días no había visto a nadie. Me había olvidado de todo y sólo jugaba y jugaba y aprendía con cada juego cosas que a mí ya ni me sorprendían pero que, de pronto, como si recordase quién era y de dónde venía, me parecieron una locura inconfesable. Y entonces la mujer levantó la vista y me vio. Y yo me puse muy nerviosa, me comenzaron a sudar las manos, me dio una especie de taquicardia, me daba la impresión de que me iba a marear y me asusté porque pensé que me caería de la higuera y me mataría del golpe. ¡Aunque yo había volado! Pero de pronto, ante la mirada de la señora, me volví toda inseguridad y miedos. No era miedo, era puro terror. El zumbido seguía ahí y a él me agarré con todas mis fuerzas. Me volvieron los flashes como en la nuca. Y entonces la señora me habló, como la otra vez en el vagón del tren, sin abrir la boca. La escuché otra vez como por unos auriculares, que yo no llevaba. Y me dijo: Nena, agora volve e conta o que viches, pero escolle ben a quen, non vaia ser o demo. Mal será.

12

Lo siguiente que recuerdo es caminar por Argumosa con mi bolsa. No recuerdo haber salido del tren ni haber llegado a la estación de Atocha. Cuando aparecí en Argumosa caminando fue como si despertase de un sueño. Pero yo iba caminando con mi bolsa colgando. No se puede soñar y caminar a la vez. O sí, no lo sé. Pero yo no tenía la sensación de haber soñado, más bien me sentía como si hubiese atravesado algo, un túnel con mucha luz o algo así. Pero muy rápido. Lo que recuerdo es que, concentrándome mucho, podía escuchar los zumbidos. Muy flojitos, pero los escuchaba. Y a eso me agarré. Cuando llegué a la plaza de Lavapiés me fui directa al gallego que hay enfrente del metro y me pedí una caña, para calmarme y pensar un poco. Ahí sí que comencé a sentir mucha hambre. Menos mal que estaba en Madrid: con la caña me pusieron una tapa de ensaladilla rusa que me supo a gloria. Me hubiese pedido algo más pero me acordé de que tenía que sacar dinero. Solo llevaba un par de euros. Pagué la caña y me fui al cajero de La Caixa que hay en la plaza. Pero cuando metí la tarjeta la pantalla me dijo que la tarjeta estaba bloqueada y que tenía que pasar por una oficina. Entré en la oficina cagándome en todo. Hice una cola que me pareció interminable. Hablé con una oficinista china (recuerdo haber pensado que en Barcelona nunca había visto una oficinista de La Caixa china), le conté lo que me había dicho el cajero, descolgó el teléfono, habló con alguien y me dijo que pasase a hablar con el subdirector a su oficina. Entré en la oficina y me encontré con el típico tipo vestido de pingüino que me invitó a que pasase y me sentase, sin levantarse del asiento, desde detrás de su mesa. Me senté delante de él. Estábamos separados por la típica mesa estilo mobiliario de La Caixa. Le dije hola y nos miramos a los ojos. Y yo pensé: vaya, qué casualidad, ojos grises. Y él me dijo: tú también los tienes grises. Yo me puse muy nerviosa porque yo no había dicho nada más que Hola. Y entonces el tipo cambió a modalidad auriculares. Quiero decir que hizo como la señora del AVE o la vieja del pueblo. Yo le escuché perfectamente pero él no abrió la boca. Sólo me miraba con sus ojos grises y me dijo algo así como que se me había acabado el crédito, en todos los sentidos. Que hacía tiempo que me vigilaban y que, a pesar de las advertencias, había ido demasiado lejos. Que como comprendería esto no podía seguir así y que ellos no podían permitirlo por más tiempo. Y yo, muerta de miedo, pensaba: ¿ellos? ¿quiénes ellos? El tipo continuó sin inmutarse, mirándome a

los ojos, y me dijo que, sintiéndolo mucho, tenía sólo dos opciones. La primera era abrir una puerta que me señaló. Todo esto sin abrir la boca y yo oyéndole en modo auriculares. El tipo me dijo que nadie me podía obligar pero que si entraba por mi propio pie en la sala a la que daba esa puerta, ellos, y yo pensaba, cada vez que decía ellos: ¿quiénes ellos?, y luego pensaba que él estaría oyendo mis pensamientos e intentaba dominarme por todos los medios (sin conseguirlo porque cada vez estaba más histérica), mientras él seguía con sus mensajes telepáticos diciéndome que, si abría la puerta y entraba en la salita, ellos me aseguraban que olvidaría todas estas alucinaciones que estaba teniendo y mi tarjeta de crédito volvería a funcionar perfectamente y a darme todo el dinero que necesitase. Yo pensé: ¿y la otra opción? Y él me contestó que la otra opción él no me la recomendaba. Pero que podía declinar el ofrecimiento que generosamente me hacían y enfrentarme a sus consecuencias. Y me dijo que estaba convencido de que esas consecuencias no me iban a hacer ninguna gracia. Para empezar, la primera de ellas era que un par de agentes de la policía nacional acababan de entrar en la oficina. Y, por si acaso, en la plaza me esperaban un par de lecheras repletas de antidisturbios. Según ese simpático pingüino de La Caixa de ojos grises, la policía se encargaría de acompañarme a la comisaría, someterme a un interrogatorio y aplicarme algo así como la ley antiterrorista. Me dijo que era muy posible que no volviese a ver la luz del día. Al menos no en esta vida. Pero también me dijo que todo esto lo podíamos solucionar como personas civilizadas. Me recomendó que abriese la puerta que me había indicado, que sería sólo un momento, que me daba su palabra, que ni él ni ellos querían verme pasarlo mal innecesariamente, que simplemente me había equivocado y que tenía la oportunidad de rectificar, que no pasaba nada, que lo entendían y que en mi mano estaba resolver esta situación de una manera amigable dando una prueba de mi buena voluntad. Que esto no era más que un sueño y que, si yo les daba mi autorización, ellos se encargarían de despertarme sin ningún dolor. Y me dijo que si me había quedado claro y que si tenía alguna pregunta.

13

Por supuesto que me había quedado claro. No tenía ya ninguna duda de con quién estaba tratando. Se me había pasado el hambre. Estaba al borde de un ataque de nervios. Recuerdo que pensé en eso: Lucía, estás al borde de un ataque de nervios. Y me acordé de la peli de Almodóvar, la de Mujeres al borde de un ataque de nervios. No sé, sería porque estaba en Madrid. El caso es que lo primero que hice fue cerrar los ojos porque no soportaba más esa mirada de ojos grises. Luego pensé en eso, en los ojos grises y todas esas historias de los ojos grises y la mutación y los esenios y bla bla bla. Ya conocéis todas esas historias. Y, como muchos de vosotros sabéis, yo también tengo los ojos grises. Y me dije: mira Lucía, tú acabas de pasar por una experiencia increíble en la que te han pasado cosas increíbles. Desde pequeña te han pasado cosas increíbles que te desorientaban mucho porque si se las contabas a tus padres o a tus amigos te hacían sentir como si estuvieses loca. Pero yo nunca he pensado que estuviese loca. Hasta que entré en la organización siempre había pensado que estas cosas sólo me pasaban a mí. Pero ya hace bastante tiempo que sé que todo esto que veo no es ningún sueño, que todas estas cosas que escucho y que siento no son fruto de una imaginación enferma. Todo esto ya lo sabéis, no quiero enrollarme. Vosotros ya sabéis lo que hay y la guerra en la que estamos metidos. Pero lo que quiero decir es que tuve que recordármelo a mí

misma para no volverme loca, esta vez de verdad. Y entonces me concentré, siempre con los ojos cerrados, y me dije que había tocado hueso. Que todo esto era demasiado para una sola persona, que no estaba preparada, ni para todo lo que había vivido desde que me dio ese yuyu en el tren ni para encontrarme con Ellos, así en mayúscula, de frente y en persona. Que necesitaba ayuda pero que todo esto me había pillado sola, muy sola. Y que tenía que apechugar. Que ya buscaría ayuda y que, como me pidió la señora, porque lo que hizo fue pedírmelo, al menos yo lo recibí así, lo que tenía que hacer era contaros a vosotros todo lo que había pasado en estos tres últimos días que, en realidad habían pasado en unas horas, como ahora todo esto que me estaba pasando por la cabeza en realidad estaba pasando en un segundo. Pero que en ese momento no podía hacer otra cosa que enfrentarme a Ellos, porque si entraba en esa salita estaba convencida de que realmente lo olvidaría todo y sería como si no hubiese pasado nada, y eso no podía ser. Cualquier cosa pero eso no. Y que si me estaban amenazando así, con tal despliegue de medios, por algo sería. Cuando el miedo cambia de bando quiere decir que somos una amenaza para Ellos. Y si me enviaban a un pingüino telepático y a dos lecheras de antidisturbios debía de ser porque Ellos lo debían ver como necesario, que un simple pingüino mutante de ojos grises no era suficiente. Que, por si aún lo dudaba (y yo aún lo dudaba), lo de volar y todas esas movidas eran más reales que ese puto pingüino que tenía delante y que las mismísimas torres de Mordor para las que el pingüino trabajaba. Y que si Ellos veían necesario enviarme a La Caixa y a la policía nacional a ocuparse de una jovencuela como yo eso sólo podía significar una cosa: quizá yo no me sentía preparada pero yo ya estaba preparada. Así que para qué aplazarlo más. Y entonces, lo que os decía, me acordé de Rossy de Palma en Mujeres al borde de un ataque de nervios y me dio un poco de risa. Y entonces sentí otra vez el flash en la nuca, busqué el zumbido en mis oídos, abrí los ojos y me reí en su cara. Me reí en la puta cara del pingüino de La Caixa. Escuché el zumbido más intenso que nunca, me volvieron todas las fuerzas y todo el ánimo, le miré a los ojos con una sonrisa de oreja a oreja y le dije: que te zurzan, capullo. Se lo dije así, muy lento: que te zurzan, capullo, a ti y a todos tus colegas. Me levanté, antes de darle la espalda le vi la cara de susto que tenía y salí de su despacho sin volver la vista atrás.

14

Nada más salir del despacho del pingüino me encontré con los dos policías. Uno de ellos se interpuso en mi camino y me pidió que les acompañase a la calle. Sin inmutarme caminé hacia la puerta con un agente abriéndome paso por delante y otro siguiéndome por detrás. Al salir vi las dos lecheras de antidisturbios. Por lo menos había una docena de antidisturbios rodeando la sucursal de La Caixa. Más allá del cordón policial puede ver a algunos vecinos curiosos y mosqueados. En Lavapiés las cosas funcionan un poco así, en cuanto aparece la policía la gente se moviliza, se van llamando entre ellos y enseguida se monta un buen grupo de gente para ver qué está pasando y si es necesario actuar. Podía sentir todos esos movimientos, podía sentir a la gente inquieta. En cuanto vieron que se trataba de una chica joven y de aspecto inofensivo noté cómo todas esas energías estaban conmigo. El policía que me había hablado me pidió la documentación. Busqué mi DNI y se lo enseñé, pero no se lo di. Me dijo que iba a tener que acompañarles a comisaría. Yo sabía perfectamente lo que significaba eso. Me concentré en el zumbido. Lo escuchaba con más fuerza que nunca, desdoblado en dos zumbidos, como las

otras veces, uno más grave y otro un poco más agudo, alternándose entre ellos. Le di un repaso a la situación. Los antidisturbios me estaban rodeando. Los curiosos cada vez eran más y le gritaban a la policía que me dejasen en paz y que se fuesen del barrio. Los dos policías cada vez estaban más nerviosos. Los antidisturbios parecía que fuesen drogados como cuando los sueltan en las manifestaciones. Respiré hondo. Cerré los ojos. Me concentré todo lo que pude en el zumbido hasta que sentí un primer destello de luz en la nuca. Como si fuese una señal. Entonces abrí los ojos, miré al policía que me había hablado, le miré a los ojos, ojos marrones, y le dije muy despacio y muy bajito: no voy a ir con vosotros. El policía se puso aún más nervioso y me preguntó de muy malas maneras que qué coño estaba diciendo. Y yo le contesté, sin levantar la voz y mirándole a los ojos: cálmate, Alberto, esto no va contigo, llama ahora mismo a tu superior, dile de mi parte que no voy a ir con vosotros y que si quiere convencerme de lo contrario tendrá que venir él mismo en persona a esta plaza y decírmelo a la cara delante de toda esta gente, pero dile que se lo piense bien, porque yo no pienso esconderme. Cómo sabía yo que el policía se llamaba Alberto no lo sé pero se llamaba Alberto. El tipo me miró como si no recordase muy bien de qué nos conocíamos pero se apartó unos metros y llamó a alguien, supongo que a su superior. Estuvo un rato hablando, supongo que le harían esperar y que la cosa iría subiendo en la escala de mandos. Yo me quedé en silencio, apoyada en la pared, concentrándome en mis zumbidos y mis luces. Aunque no exactamente como en el tren pero podía ver algunas luces entre la gente de la plaza, alrededor de los policías, entre la gente y yo y entre los policías y yo y entre la gente y los policías. También vi luces de colores que salían del teléfono del agente. Me entretenía disfrutando de ese espectáculo de luz y de color, jugando con las lucecitas, las podía mover a placer. Excepto la del teléfono del agente. Esa a veces se me resistía. Pero me relajé completamente, el miedo desapareció, comencé a reírme para mis adentros. De hecho comenzó a notarse. El otro policía, el que aún no había abierto la boca, me dijo que de qué me reía. Me limité a sonreírle aún más y conecté la luz que salía de su cabeza con alguna de las luces de la gente de la plaza. Cada vez había más gente. Reconocí a un amigo compañero nuestro. Le guiñé un ojo para que no se preocupase. Captó el mensaje y me dijo que sí con la cabeza. Por fin llegó el poli y me dijo que podía irme. Sin más. Dio órdenes a los antidisturbios para que se metiesen en las furgonas y se piraron todos a toda pastilla. Respiré tranquila y me abracé con mi amigo. La gente comenzó a cantar consignas contra la policía. Algunos se acercaron para preguntarme qué había pasado y si yo estaba bien. Les dije que estaba bien, que estuviesen tranquilos, les di las gracias a todos y le pedí a mi amigo que me sacase de allí y me llevase a su casa. Menos mal que vivía allí al lado porque casi me tuvo que llevar en brazos. Yo no podía más. Pero mereció la pena. He llegado hasta aquí para contaros esto. Ahora os invito a pensar juntos qué podemos hacer con toda esta historia. Estoy dispuesta a llegar hasta donde haga falta pero esto no puede quedar así. He aprendido muchas cosas. Quiero saber si alguno de vosotros habéis pasado por algo así. No me puedo creer que sea la única. Quiero compartir todo lo que he aprendido con vosotros. Quiero practicarlos con vosotros. Quiero que nos entrenemos juntos. Y quiero más. Mucho más. Os pediría discreción, por favor, pero también que compartáis este mensaje con todo aquel que creáis conveniente, con cualquiera que creáis que esté preparado para recibirlo, sea o no de la organización, eso creo que a estas alturas ya da igual. Estoy a vuestra disposición para lo que sea. Tengo la impresión de que esto no ha hecho más que comenzar. Todo va muy rápido. Pero yo sola no puedo. Sola se está muy sola. Vamos a hacerlo juntos. Espero vuestra respuesta. Hasta pronto.

La historia de Lucía no dejó indiferente a nadie. Pero al que menos a Master. Cuando Master acabó de escuchar el mp3 de Lucía, la noche de un viernes de mitad de mayo de 2010, no tuvo ninguna duda de en qué lugar había estado Lucía durante esos tres días que describía en su relato: en la misma aldea de la que acababa de volver él. Habían llegado por caminos distintos y habían vuelto de maneras muy diferentes pero Master estaba seguro de que habían pasado por el mismo sitio. Master también había oído ese zumbido del que hablaba Lucía, aunque en su caso no había sido consciente del zumbido hasta algunos días después de su llegada a la aldea. El zumbido, los flashes, la aldea desierta, Master reconocía todo eso. También algunas de las experiencias de Lucía, aunque indudablemente Lucía había llegado bastante más lejos que él. Los perros viejos de la NHA no se habían equivocado con esta chica, eso estaba claro. Las experiencias de Master se mezclaban más con sus sueños y con el uso de ciertos estupefacientes, aunque en algunos casos Master había tenido que rendirse a las evidencias. Había visto lo que había visto, había pasado lo que creía que había pasado. No era un sueño. No eran las drogas. No se estaba volviendo loco. Aunque le costaba tanto aceptarlo que no había dicho ni una palabra a nadie de todo eso. Había pasado más tiempo en la aldea que Lucía, casi diez días. Todo había ido mucho más lento. Durante su estancia le dio por grabar un videodiario, seguramente como exorcismo, pero ni siquiera se atrevió a reflejar en él lo esencial, seguramente por pudor. Y porque no acababa de aceptarlo. O sí, pensándolo mejor quizá sí que reflejó lo esencial porque, en realidad, ¿qué era más importante? ¿Descubrir que podemos volar o que tenemos la capacidad de reinventarnos infinitamente y, de paso, transformar nuestra relación con todo lo que nos rodea? Master recordó aquella vez que sus padres le llevaron a la Iglesia Mayor de Santa Coloma cuando era un enano y durante la misa vio al cura envuelto en una luz elevándose un par de metros. Todos los trucos estaban allí, ya. Esa noche, después de escuchar el mp3 de Lucía media docena de veces, Master dedicó un par de horas a meditar, sentado en el suelo de madera de su piso de Las Ramblas, mientras afuera los guiris celebraban cuarenta despedidas de soltero y las prostitutas africanas no daban abasto agarrando del brazo a los ejemplares de guiri macho para arrastrarles con ellas como si la Rambla fuese un río y ellas pescasen peces a dos manos y contracorriente. ¿Y ahora qué? Si a él le había pasado, si a Lucía le había pasado, lo más probable es que no fuesen los únicos. Debería haber escrito un mail de respuesta a Lucía con copia a todos los destinatarios a quienes Lucía había enviado su mp3 pero, para esas cosas, Master era un poco *old style*. Lucía vivía a cinco minutos de su casa, en el carrer Lledó. Con un poco de suerte estaría en su casa o por el barrio. Aunque también podría ser que estuviese oculta. Después de todo lo que le acababa de pasar quizá lo mejor sería esconderse y buscar algo de protección. Le envió un mensaje al móvil. *Yo también he estado en esa aldea. ¿Podemos quedar ahora? ¿Estás por el barrio?* Lucía le contestó enseguida. *En Sant Just i Pastor en cinco minutos. ¡Qué ganas tengo de verte!*

16

Master sacó del congelador la botella de aguardiente gallego que yo mismo le había suministrado un par de semanas antes. Era costumbre desde que Master probó el aguardiente que traen mis padres del pueblo, cuando aún no éramos ni mayores de edad y los dos vivíamos en Santa Coloma. Yo creo que por eso se mantiene tan joven como un vampiro. Se sirvió un chupito y se lo bebió de un trago. Bajó las escaleras a pata y salió a las Ramblas. A pesar de los años que Master llevaba viviendo por el barrio, o precisamente por eso, porque había vivido otras épocas muy diferentes, Master no acababa de acostumbrarse a lo de los guiris. Atravesó la marabunta ignorándoles por completo, como si fuesen zombis. ¿No se suponía que por aquí, por el sur de Europa, vivíamos en países medio retrasados que tenían mucho que aprender de supuestos países más civilizados? ¿Concretamente de qué países hablamos? ¿De los países en los que viven estos zombis? Penetró en la plaça Reial sin devolver ninguna mirada ni contestar a ninguno de la media docena de pakis que le ofrecieron cerveza-beer cruzándose en su camino hasta un poco antes del límite del contacto físico. Pese a las opiniones de algunos de sus amigos, que los veían algo así como víctimas de la sociedad, Master consideraba a los lateros más bien unos colaboracionistas. No se imaginaba a ninguno de esos amigos con presunta conciencia social ejerciendo de lateros en Pakistán. Ni en Londres. La mirada de Master atravesaba a los guiris y a los lateros como si fuesen invisibles, como si no existieran. Mirada Garbajosa. De hecho, para Master, todos eran zombis que vivían en una realidad paralela. Para llegar a la Plaça de Sant Just i Pastor, podía escoger entre seguir el río de zombis por Ferran o pillar cualquier calle paralela del Gótico, estrecha, lóbrega y sin comercios. Y sin un puto guiri. Se metió por el carrer de la Lleona, ilustre prostituta del siglo XV, aunque las fuentes no se ponen de acuerdo. Oía un poco a meado pero la soledad de esa calle era gloria. Atravesó Avinyó y siguiendo en línea recta, casi sin desviarse, apareció en el carrer d'Hèrcules, mítico fundador de la ciudad. Master había leído que esa es la calle más antigua de Barcelona. La calle bordea la iglesia de Sant Just i Pastor, cuyos orígenes conocidos se remontan al siglo IV. Siempre que pasaba por ahí Master sentía una necesidad imperiosa de recordar toda esa diarrea de datos. A mitad de la calle, desierta mientras en la calle de al lado, en Jaume I, se apelotonaban los zombis, aunque con una densidad algo menor que de donde venía, Master se paró para tocar con la palma de la mano la pared de piedra de la iglesia. Y cerró los ojos. Como si pudiese sentir el rastro de las energías acumuladas durante toda la larga historia de esa piedra. Energías encontradas. Alegría y horror. Vida y muerte. Violencia y amor. Asesinatos, enamoramientos, nacimientos, gritos y música. Demasiada información entre la que escoger. Siguió caminando. En la plaza, sentada en las escaleras de la iglesia, vio a Lucía. Ella también le vio y se puso de pie. Bajó las escaleras mientras él se acercaba. Se dieron un largo abrazo. Se besaron. ¿Cómo estás? Bien, estoy bien. ¿Dónde quieres ir? Al mar. Vamos, me tienes que contar muchas cosas. Tú también.

17

Pensaba que te habrías ido de casa. ¿Para qué?, no creo que sirva de nada, vaya a donde vaya, si quieren me van a encontrar igual. Ya pero, por lo menos, que si te pillan no te pillen sola,

¿no?, ¿estás con alguien? No, estoy sola. Puedes venir a mi casa, tengo una habitación libre. Te lo agradezco pero no sé, me gusta vivir sola. Bueno, piénsatelo, Lucía. Me lo pensaré.

¿Necesitas algo, dinero o algo? De momento estoy bien, mi amigo madrileño me dejó algo de pasta pero luego ya no hizo falta porque probamos la Visa en otro cajero y funcionó, parece que ya no está bloqueada, por si las moscas saqué bastante dinero antes de volver a Barcelona pero he vuelto a probar aquí y sigue funcionando, parece que de momento me han dejado en paz. Bueno, yo no me confiaría. No sé, siento como si me hubiese ganado su respeto, estoy alerta pero no tengo miedo. Bueno, es que estás que te sales, Lucía, es como si pudieses ver el código o algo así, no creo que ni tú misma sepas hasta dónde puedes llegar ahora mismo. Ya, estoy flipando bastante, Master, ¿tú también escuchas esos zumbidos? Los escuché mientras estuve en la aldea, no desde el principio, tardé unos días en darme cuenta, ahora sólo los escucho cuando hay mucho silencio, muy flojitos. ¿Cuántos días estuviste en la aldea? Unos diez días. ¿Y cómo llegaste hasta allí? En coche. No. Sí, sí. ¿Pero estás seguro de que es el mismo sitio en el que he estado yo? Yo creo que sí. ¿Dónde está? No sé por qué pero creo que es mejor que no te lo diga, está bastante lejos. ¿Y por qué fuiste allí? Necesitaba irme unos días, necesitaba estar solo y pensar sobre algunas cosillas, y le pedí la casa a un amigo de toda la vida, su familia es de allí pero ahora ya no vive nadie en esa aldea, o eso me pareció. Yo vi a una señora. Ya, pero tú viste muchas cosas que no tienen una explicación sencilla. Quizá sea todo más sencillo de lo que parece. No te digo que no. ¿Y tú, viste cosas raras? Sí, unas cuantas y no las quería admitir, pero lo tuyo me supera de largo. ¿Tú crees que a alguien más de los nuestros le habrá pasado algo así? Yo creo que sí, y a más de uno que no es de los nuestros. ¿Quieres decir de los chungos? No, me refiero a gente que no esté en la NHA, los chungos seguramente tienen otros sitios donde entrenarse. No me ha contestado nadie todavía, tú eres el primero. Sería mucha casualidad que sólo nos hubiese pasado a ti y a mí, de toda la peña que hay en la NHA, hay gente que hace tiempo que viene avisando de que algo iba a pasar, sin contar todos los secretos que se guardaban los viejos gerifaltes, que nosotros no tenemos ni idea. ¿Crees que tenían que ver con esto? Creo que esto forma parte de algo mayor, pero sí, me parece que puede ser algo así como una señal. Estoy un poco asustada, pero no tanto por Ellos, al llegar a Barcelona he empezado a ser consciente de lo que me está pasando y me asusta perder el control. Es el típico miedo a volvernos locos, en cuanto nos salimos de los límites de lo que parece razonable nos saltan todas las alarmas que nos han colocado en el cerebro esos cabrones durante siglos. ¿Tú crees que se me ha ido la olla? Es más fácil creer eso que lo otro, no creo que se te haya ido la olla y que estés viendo visiones y que todo sea una alucinación, no creo que yo me haya comido la misma seta alucinógena que tú y que reconozca los mismos síntomas, los antdisturbios en Lavapiés eran reales, ¿no?, ¿tu amigo estaba ahí y los vio? Sí, pero podría haberme inventado todo lo demás. Joder, pues vaya imaginación, Lucía, ¿y yo también y al mismo tiempo? Ya, sería mucha casualidad. ¿Tú crees que podemos volar? Sí. Estamos como una puta regadera, Master. No te digo que no.

18

Últimamente, por las mañanas, Master sólo se dedica a Liang Liang. Con la excusa de lo del grupo Liang Liang lleva días sin salir de casa de Master hasta la hora en la que ya casi les entran las ganas de comer. Por fin ha llegado el calor de verdad, el calor que corresponde a un mes de

julio en Barcelona. Eso no cambia. Liang Liang, cuando por fin se decide a salir de la cama, a veces se viste, es decir, se pone unas braguitas y se pasea por la casa de Master, descalza y semidesnuda, como un felino. Master se siente como un animal en celo. Cuando consigue reunir algunas fuerzas para apartarse de ese oscuro objeto de deseo llamado Liang Liang, prepara un desayuno cuatro estrellas que les permite recuperar fuerzas para, en muchas ocasiones, conducirles de nuevo a la cama. Pero se supone que están ensayando juntos para el grupo. Bendito grupo. Así da gusto ensayar. Liang Liang se levanta de la cama desnuda, pone un disco en el tocadiscos, se vuelve a la cama corriendo y se tira encima de Master, que está encantado de recibirla de nuevo. ¿De quién es este disco? Es el primero de Fluzo. ¿Quién es Fluzo? Un grupo de un par de gallegos locos que hacen hip-hop raro. No sabía que te gustase el hip-hop. No escucho mucho hip-hop pero Fluzo es diferente, son unos macarras exquisitos. No creas que me he olvidado de lo del grupo, para que salga bien tenemos que ir conociéndonos poco a poco, por eso es necesario pasar tanto tiempo juntos en la cama y también escuchar música juntos. Ya veo que lo tienes todo superestudiado. Alguien tiene que mantener la cabeza fría para no apartarnos de nuestro objetivo. Ya veo. Un mensaje suena en el móvil de Master. Liang Liang puede recibir cuarenta en una mañana pero el de Master no suena casi nunca, la mayoría de las veces está apagado o en silencio. Por eso cuando suena es casi un acontecimiento. Master alcanza el móvil con la mano y lee el mensaje. Es Lucía. No puede ir a la reunión de la NHA de esta tarde porque se marcha de viaje pero le gustaría quedar con Master para comentarle algunas cosas sobre la reunión. ¿Quién te escribe? Lucía, una amiga. ¿Una amiga muy amiga? Es una muy buena amiga, alguien muy especial. ¿Pero cuánto de especial, como para preocuparme? Lucía es alguien muy especial en el sentido más amplio del término que te puedas imaginar, pero no es alguien que deba preocuparte para nada. ¿Es alguien importante para ti? No sólo es alguien muy importante para mí, también lo es para mucha gente, incluso para muchos que ni siquiera la conocen, como tú. ¿Yo? Sí, tú. ¿Y de qué la conoces tú? Podríamos decir que colaboramos juntos desde hace años. ¿Qué quiere decir que colaboráis juntos, haciendo música? No exactamente. Mira Master, a veces te pones de un misterioso que no sé si es que te quieres hacer el interesante conmigo o es que trabajas para la CIA. Ni una cosa ni la otra, pero más lo segundo. Bah, no seas idiota y cuéntame por qué Lucía es tan especial y tan importante para ti, para mí y para el resto de los mortales. No sólo para los mortales, también para los inmortales. No te pases. ¿De verdad quieres saberlo? Sí, claro que quiero saberlo. Pues te lo voy a contar, ¿tienes un par de horas? Tengo todo el tiempo del mundo, Master. Pero antes dame un beso, pequeña china loca. Toma un beso, idiota.

19

¿Te acuerdas de las manifestaciones del 15M? Sí, claro. Me refiero a las manis que hubo en toda España justo antes de que se comenzase a quedar gente a dormir en Sol. Sí, sí, me acuerdo perfectamente, yo no pude ir porque estaba en París, pero claro que me acuerdo. Ese día se manifestó muchísima gente, mucha más de la que casi nadie se esperaba, ni los organizadores ni el gobierno ni nadie, al menos en principio. ¿Y Lucía qué tiene que ver en todo esto? Bueno, depende de cómo se mire: Lucía era una de las que organizó todo este sarao. ¿Ah, sí? Sí, ella vive en Barcelona y participó en la organización desde aquí, llevaba un

año más o menos muy activa intentando liarla, pero esta vez decidió ir a Madrid. ¿Por qué? Llámalo sexto sentido. Ya. Cuando acabó la mani de Madrid, sobre las diez de la noche, Lucía se fue para Lavapiés para contactar con los abogados de guardia que daban soporte a los manifestantes, por si había problemas. ¿Detuvieron a gente, no? Sí, hubo varias cargas policiales en varios puntos de Madrid y la policía detuvo a unas dieciocho personas. ¿Una era Lucía? No, a Lucía no la han detenido nunca, lo intentaron una vez pero no lo consiguieron. Vaya con Lucía. La cosa es que Lucía se encontró con un grupo de gente en Lavapiés y los abogados dijeron que no se podía hacer mucho por los detenidos hasta el día siguiente. ¿Y eso? Así funciona la burocracia. ¿Y entonces qué hicieron? Pues Lucía se había quedado con un sabor un poco amargo porque llevaba mucho tiempo preparando esa movilización, ella no estaba nada sorprendida del éxito de la convocatoria, todo había ido muy bien, a parte de los detenidos, pero le sabía a poco. Ya, lo típico que se acaba la mani, mucha gente, mucho grito pero ya está, cada uno a su casa y aquí no ha pasado nada. Eso es. ¿Y qué hizo ella? Pues se ve que un colega le envió un SMS diciendo que aún había polis en Callao y que la cosa estaba tensa y Lucía decidió irse para allí y, cuando llegó, la poli cargó de muy malas maneras. ¿Es que hay una manera de cargar que no sea con malas maneras? No, pero digamos que la poli se ensañó, a Lucía no le había tocado todavía vérselas con ningún poli ese día y, mientras los polis cargaban y la gente huía, Lucía se encaró con ellos a cara descubierta levantando las manos y gritándoles Estas son nuestras armas. ¿Y se la llevaron? No, Lucía tiene mucha fuerza, ya te digo que es alguien muy especial, la gente dejó de correr y se unió a Lucía y los polis decidieron pirarse de ahí. Joder, vaya momento. Pues sí, fue como una demostración de fuerza colectiva. ¿Fuerza colectiva o la fuerza de Lucía? Digamos que Lucía es alguien por quien corre la fuerza con mucha intensidad pero ella no es nadie sin la energía de la gente, ella puede encender la mecha pero es la gente que tiene a su lado la que le hace como de altavoz, la que amplifica la energía que Lucía pueda desprender, y esto es así con cualquiera que se encuentre en la situación en la que se encontraba Lucía pero también es válido para muchas otras circunstancias de la vida, no sé si me explico. Sí, es de cajón, estoy de acuerdo. Pues resulta que en Sol ya había gente que estaba hablando de quedarse a dormir ahí esa noche, gente que se había quedado con el mismo mal sabor de boca que Lucía después de las cargas policiales y que no querían aceptar que la cosa acabase así, como si nada. Ya, qué curioso, ¿no?, quiero decir que ¿por qué justo les dio por quedarse ese día?, ¿a quién se le ocurriría? Seguramente a algún colega de Lucía. Ya, todo va a ser cosa de Lucía, ¿no? Yo no digo nada. Venga, va, ¿qué hizo Lucía después de la carga de los antidisturbios? Comunicarse con unos de sus colegas que estaba en Sol para decirle que ella y más gente estaban haciendo una sentada, su colega fue caminando a Callao y les contó a todos lo que estaba pasando en Sol y Lucía y el resto del grupo pensaron que sería buena idea irse todos con los de Sol. Que era donde estaba la acción. Bueno, era el escenario para el próximo episodio de la acción, pero eso puede que se decidiese en ese momento, ¿no te ha pasado nunca que recuerdas un momento de tu vida en el que una decisión lo cambió todo y que si hubieses decidido otra cosa tu vida sería completamente diferente? Sí, me ha pasado varias veces, eso en ciencia ficción se llama ucronía.

Cuando Lucía llegó a Sol, con su colega y con todos los que estaban con Lucía en Callao, cuando llegaron eran más de las doce de la noche y comenzaban a ser ya unos cuantos porque la gente se iba enviando mensajes y, sobre todo, la gente iba tuiteando y eso. Ya, yo vi esos tuits y me daba mucha rabia estar en París y perdérmelo, aunque si hubiese estado en Barcelona también me lo hubiese perdido. Bueno, en Barcelona pasaban otras cosas, yo estaba en Barcelona. Ya, pero el lío gordo esa noche se montó en Madrid. Sí, eso es verdad, esa noche se montó la primera asamblea en Sol, pero es curioso que la gente no hablaba de política, hablaban de cómo organizarse para pasar la noche en la plaza. Eso también es política. Había gente que llegaba con sus sacos de dormir pero decidieron organizarse para ir a buscar mantas, cartones para el suelo, cubos de basura y alguien cogió unos hierros de unas obras que había por allí, no sé muy bien para qué. ¿Para qué querían unos hierros? No sé, pero es un detalle importante porque pudo cambiarlo todo. ¿Y eso? Como a las dos y media de la madrugada, justo después de que acabase la primera asamblea, vinieron a visitarles un par de furgonas llenas de antidisturbios. Joder. Y ahí entra en acción Lucía. ¿Ah, sí? Lucía y una de las abogadas se ofrecieron para ir a mediar con la policía. Vaya con Lucía. Lucía es una chiquilla muy maja, así como tú, muy guapita y con pinta de no haber roto nunca un plato y la otra chica por el estilo, fue como si enviasen a dos angelitos a hablar con los polis, dos chicas jóvenes y guapas, los policías van y ven a dos seres angelicales e inocentes que se acercan a ellos con su mejor sonrisa. Como si los polis fuesen gente sensible. Bueno, no creo, pero no sabían con quién se las veían, o sí, el caso es que Lucía y la otra chica se acercan y les dicen hola. ¿Y los polis? Pues los polis les preguntan que qué andan haciendo a esas horas toda esa gente en la plaza y Lucía les dice que se quieren quedar a dormir. Madre mía. Y el poli se las mira con una mirada de esas que sería suficiente para salir corriendo y ahí es donde Lucía la lió. ¿Cómo que la lió? Sí, la lió, a Lucía eso ya le había pasado otras veces y, no sé cómo contártelo para que no parezca más raro de lo que es, que no es que no sea raro, pero Lucía se te pone delante, te mira a los ojos y es capaz de persuadir a una docena de antidisturbios para que cuiden a su hijo. ¿Tiene hijos, Lucía? No, pero es un ejemplo. Venga, va, ¿qué les dijo Lucía? Lucía les dijo que no querían problemas, que iban a respetar la normativa, que no iban a beber alcohol y que no iban a ensuciar nada. ¿Y ya está? No, hizo lo que suele hacer en estas ocasiones: llamó por su nombre al poli que estaba al mando y le dijo que llamase a su superior. ¿Cómo que le llamó por su nombre? Sí, es algo que ya le había dado resultado otras veces. ¿Qué quieres decir, cómo sabía cómo se llamaba el poli, lo conocía? No, no lo conocía, lo adivinó, por decirlo de alguna manera. ¿Cómo que lo adivinó? Sí, Lucía tiene ciertas habilidades que no son fáciles de explicar. ¿Me estás diciendo que puede leer el pensamiento o qué? No exactamente, es como si pudiese captar cosas que flotan en el aire y que no todo el mundo es capaz de percibir. Venga ya. El caso es que le dijo al poli, mira Juan (o como se llamase), esto no va contigo, llama ahora mismo a tu superior y dile de mi parte que nos vamos a quedar a dormir aquí y que si tu superior quiere convencernos de lo contrario tendrá que venir él mismo a esta plaza y llevarme a rastras. Madre mía, no me lo puedo creer, ¿y después de decir tamaña desfachatez no se le tiraron encima los antidisturbios? No, el poli, que debía estar flipando de que Lucía supiese su nombre, se quedó como se quedan todos con Lucía, entre medio atontado y medio histérico, hizo unas llamaditas y le dijo que vale, que se podían quedar, pero que les dijese a sus

compañeros que devolviesen los hierros que habían cogido de la obra para que nadie les pudiese acusar de robo. No me lo puedo creer. Créetelo.

21

¿Pero entonces me estás diciendo que si no hubiese sido por Lucía ahora no estaríamos tú y yo aquí, en la cama, tan a gusto? Sólo intentaba explicarte por qué Lucía es alguien tan especial y por qué es alguien importante para mí y no sólo para mí. A mí me parece que esta versión de los hechos es como si le quitases valor al triunfo del 15M, como si todo hubiese sido fruto de la obra milagrosa de una maestra jedi o algo así. No, yo no pienso eso. ¿Ah no? No, las magias de Lucía no son nada sin la energía de toda la gente que la acompaña, ella sólo es capaz de leer el código mejor que nadie y ha desarrollado ciertas habilidades porque es alguien extremadamente sensible y porque es alguien que ha currado mucho en una dirección que la mayoría de gente no se atreve a explorar o ignora que existe o no quiere creer en que existe, porque desde mucho antes de que nosotros nacióésemos mucha gente ha gastado mucho tiempo y muchas energías en convencerles de que eso son bobadas, pero la verdad es que muchos serían capaces de hacer lo que hace Lucía y, de hecho, muchos lo hacen, consciente o inconscientemente. Como los que la liaron ese día. Como los que la liaron ese día y como los que empujaron para que eso sucediese durante mucho tiempo antes, meses, años, incluso siglos, y como muchos que siguen empujando ahora para mantener a salvo lo poco que hemos conseguido. ¿Te parece poco lo que se ha conseguido? Liang Liang, o nos salvamos todos o no se salvará nadie. Ya, eso es verdad. Y no te olvides de los que juegan en el equipo contrario. ¿A qué te refieres? Lucía no es la única que puede hacer cosas raras, hay mucha otra gente como Lucía que se dedica a hacer la vida imposible a Lucía y a los que vamos con el equipo de Lucía. Master, ¿tú en qué liga juegas? En la misma que tú. Uf, me estoy perdiendo, pero vale, no te voy a preguntar nunca más por ninguna de tus amigas, te lo prometo. Pues yo creo que, si os conocieseis, Lucía y tú os caerías muy bien. No lo dudo. Os parecéis mucho. Pero si yo soy china. No me refiero a eso, pero si quieres cambiar de tema me parece bien. Pequeño maestro jedi negro que juegas en la liga de las estrellas, ¿cómo le vamos a llamar a nuestro grupo? No sé, ven aquí y dame un beso a ver si me viene a la cabeza. Llama a Lucía, ella es especialista en adivinar nombres. Ahora la llamo y te la presento pero antes dame un beso, pequeña china loca. Toma un beso, idiota.